



Gente de Nuestro Tiempo:

David Rojas González

EN mis colcas invernales recorro al religioso ejercicio de releer viejas revistas para husquear en sus páginas amarillentas de tiempo: imágenes, fechas, hechos, acontecimientos, hasta —con temor parapsicológico—, oír voces perdidas de seres predilectos. Esto me ha ocurrido al volutar las hojas de una revista lerzana de mil novecienos diecisiete, —cuando comenzaba la edad viril del pantalón largo—, que se llamó Savia Nueva, vibra te como una pandereta, y que dirigían los hermanos Luis y Enrique Baeza Banderas. En esas páginas perdura la relación de los Primeros Juegos Florales de Coquimbo, —los primeros de la región—, con la antología de los trabajos premiados y las biografías de sus autores. Y entre ellos, casi con el temor de haber sido el promotor de ese renacimiento literario, escondido en su júbilo de jardincero parmesiano, el nombre de don DAVID ROJAS GONZÁLEZ, que a semejanza de Felipe Aceituno, era "un cultor de Alénes, sembrando doctrinas en el Partenón".

La suerte quiso que la Plaza de Armas de La Serena, que es un clavelar y un surtidor de trinos, fuera mi escenario de un encuentro con ilustres directores de la gaita chilena. Allí se ejercía la cátedra —peripatética circular que regían las volubildades consagradas, beneméritas, de don Eulogio Robas Rodríguez, magistrado recoleccionador del más completo historial de nuestra araucanía; de don Enrique Molina Garmendía, fundador de la Universidad de Concepción y maestro de la juventud americana; de don Jorge Miranda Herrera, hijo del valle de promisión que nos dió a Gabriela, Bernardo O'Higgins, Julio Muñoz, Roberto Muñoz, Carlos Mondaca, María Perálta, María Zamalá, y muchos más de nuestro mundo humanístico. A estos títulos debemos agregar que don Jorge Miranda es el heredero directo de la cultura colmenera de la muy docta e inslita Casa de Cordovez con su tradición y su historia. A esta cátedra circular sola concurrir, discipularmente, este servidor de ustedes, que hacia de amanuense caligero y oidor de pláticas enjundosas que las dulces noches serenosas urdían con el sortilegio de un enjambre de gacajada tertulia familiar.

Don David Rojas González, con su oratoria parsimoniosa, con mesura doctrinal, sólo solía decir, sin hipérbole, el sentir de su gente conterránea. En él se adivinaba el ancestro equino, navegante a tierras altas, a víñedos recalentados por el sol cordillerano dueño del Huamayuca, en el pórtico de Vicuña. Su prosa —atenciones literarias en su mayoría—, desafiada, amable, fructuosa, recuerda la de Pérez Recioles o más bien a Zorobabel Rodríguez. No puse el mirrora de D'Hulmar, ni la entileza inabriguilesea de Federico Gana. Parece que era justo al extremo de medir el concepto con la palabra elegida antes de rebasar el margen de la etatilla. En su novela Jaibón se advierte la austeridad de la frase que traduce la legítima intención del pensamiento. Acaso dirigía su sintaxis directa, el dogma literario y conceptivo de Baldomero Sanín Cano o de un Crescente Errázuriz y Valdivieso. Incorporado a la carrera judicial, se dedicó plenamente a sus actividades de pundonoroso ministro de la ley, y sin olvidar sus dotes de gran señor de la cultura rodontana, como el Caballero de Bayardo, supo hermanar la simbología del llo con el inmarcesible verdor del laurel.

Como un tributo que tiene la medrosa intención de un filial homenaje, sobre el mármol que aprisiona el silencio terrenal del escritor y el amigo, con el leve resaca de las violetas coquimbanas, que él tanto amara, y guiado por la sombra de la señora Ema, la compañera adorable de sus sueños y virtudes, rezo esta vez, acaso la última, para descansar de su alma y consuelo de mi porfiada amargura, aquella Oupla del clásico leonés, el nunca bien alabado Jorge Manrique "uno de los pocos y grandes poetas elegiacos del habla castellana", cuan presto se va el pacer —como después de acordado su color; como a nuestro parecer— cualquier tiempo pasado fue mejor. Nuestras vidas son los ríos —que van a parar — a la mar — que es el morir...

¡Oh inolvidable y diesto amigo David: más allá del tiempo y de la gloria, más allá del laurel y sus retrinos, más allá de la patria y sus fronteras, más allá, más allá...

F. B.

David Rojas González [artículo] F.B.

Libros y documentos

AUTORÍA

F.B.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

David Rojas González [artículo] F.B.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile